

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXI

-

Junio de 1954

-

Núm 348

Puntos de vista

Tendencias literarias

*N*O es posible imaginar que el auténtico escritor conciba y realice su obra, sometido a una determinada escuela literaria. Más bien cabría pensar que escribe guiado por impulsos irrefrenables, con delectación por una realidad que se le ha fijado en el subconsciente, obsesionado por ciertos cultivos psicológicos que habrán de permitirle domeñar, en la letra impresa, una realidad y al mismo tiempo, rectificarla. De acuerdo con estas tendencias, no puede prescindirse en el idioma castellano de la América del Sur —con omisión deliberada de la novelística nacional— de “La Vorágine”, de “Don Segundo Sombra”, de “Doña Bárbara”. Hay en todas estas obras, un afán lírico y epopéyico que pretende asentar una raza nueva, insegura en su conducta pragmática, henchida de humanidad, a causa de las mismas contradicciones, propias de la vida, que presiden los actos de sus héroes. ¿Podría alguien confundir una página de estas obras representativas con los fragmentos de la novelística española, francesa, inglesa o noruega? Es induda-

ble que el lenguaje humano, lo mismo que la sintaxis natural, de compleja imitación, de los hombres, se nutre de otras expresiones estables que delatan siglos de adiestramiento social y artístico; pero el instrumento más o menos común, reserva otras sonoridades, escorzos relevantes y sorprendidos; policromías y vigores inéditos que provienen del paisaje, del clima, del aporte de otras razas, dueñas también de su tesoro ancestral.

No corresponde hacer distinciones excluyentes en la expresión artística iberoamericana y condenar por localista aquello que nos traiga el rumor de nuestros campos, el idioma de nuestros huasos, la resonancia brumosa de nuestros ríos. Más allá de las palabras que califican, se alza un mundo de influencias, esos afluentes de savia humana que condicionan un carácter nacional, con su idiosincrasia desenvuelta en su propia historia. Más de alguien, por ejemplo, con superficialidad, ha rechazado el valor literario y político de nuestro huaso y ha olvidado que es un personaje representativo nuestro, un extraño producto del mestizaje, con su hechura de majo español y su mentalidad arrastrada y ladina de indígena. El tono de la actividad política nacional, desde los comienzos de la República, tiene el aire socarrón y macilento del huaso que en su rebote al ciudadano de la urbe, da el acento que los extranjeros captan en el chileno común: tristeza, falta de alarde, apocamiento orgulloso, insular. Si se pretendiera caracterizar a cada país por el colorido de sus habitantes, en un mapa de rápida y plástica comprensión, es seguro que se diseñaría de pie sobre nuestra largura geográfica, un huaso,

con su faja roja, sus espuelas, su poncho y su sombrero de barboquejo malicioso. No cabe extrañarse, entonces, que a la vera de este ejemplar representativo haya germinado una compacta y sensible literatura, con un arraigo tal en el paisaje que, a veces, oculta en sus frondosidades, el alma simple y hasta inexpresiva de sus hombres.

Igual puede afirmarse del héroe de nuestras minas, del guanaye de nuestras costas, del colono del vasto territorio austral. Baldomero Lillo estaba imbuido de la literatura de Emilio Zola, el más grande sociólogo de la lengua francesa, pero sus personajes en lucha bárbara con la mina y la explotación de los patronos, son un documento chileno, iberoamericano, inconfundible con los relatos de una mina alemana, francesa o inglesa. Las páginas del escritor sudamericano, como el pulso de algún pintor nuestro, han sido insuflados por otros vientos, por una atmósfera física y psíquica más poderosa que las reglas habituales de un idioma, más fuertes que los mandatos de una religión o de una obediencia social heredadas.

Y este impulso creador que sobrepasa las limitaciones del propio oficio, no sólo es inherente a la obra vernácula, originada en el campo, en las sabanas recorridas por tropeles equinos, en el mar que modela al hombre con los flujos y reflujos de una lucha tenaz, sin propensión a los heroísmos espectaculares, dinamiza también la literatura urbana que empieza a descubrir el perfil exacto de nuestras ciudades y sus hombres. Cuando se menciona la literatura colonial, el escritor moderno adquiere una resonancia patinada y castiza, es, sin quererlo, un arcaizante. Ello

se debe tal vez a que nos faltan documentos artísticos, humanos y precisos de la época, sobrando los opúsculos librescos. En el futuro, la expresión literaria nutrirá a la historia y no podrá confundirse una capital iberoamericana con una villa española, ni una provincia nuestra con una aldea francesa. La obra artística del observador tenaz impedirá la confusión y dará relieve a ese contorno universal que iguala y al mismo tiempo diferencia a los hombres, dentro de las diversas latitudes que habitan.

Sobra, entonces, la imitación servil, puramente libresca, que nos exhibe como guías de puerto, hábiles en el idioma del barco que se aproxima a nuestras costas, incapaces de mostrar la dureza de nuestro propio contorno. La personalidad buena o mala, defectuosa o espléndida, no puede ser un reflejo, como la fría luz de la luna es incapaz de hacer germinar una semilla posada en la tierra más fértil.